

CARTA DEL PADRE PROVINCIAL DE CHILE A SU PROVINCIA SOBRE EL RESULTADO DE LAS ELECCIONES CHILENAS

Ante la imposibilidad de conversar personalmente con todos, permítanme unas reflexiones sencillas y fraternas acerca del resultado de la elección presidencial. Después de la tensa espera de muchos meses, y de la violencia verbal de la campaña, el resultado de la votación ha causado inquietud en algunos, ha sido recibida con confianza en el futuro por la mayoría, e incluso ha producido profunda alegría en otros. Estas reacciones distintas se agudizan más cuando conversamos con amigos y familiares que van en sus reacciones desde una desesperación profunda hasta una alegría exultante.

El programa de la Unidad Popular, conocido por todos Uds., se fija algunas metas que podríamos llamar auténticamente cristianas, y señala también algunas líneas que nos obligarán a una revisión sería de nuestras actividades y de

nuestras actitudes. En concreto, algunos, en la Provincia, sienten preocupación por el futuro de nuestros colegios, y temen también dificultades en otras áreas pastorales. Otros no ven cómo se podría realizar una fácil readaptación de nuestra economía a la nueva sociedad, sobre todo en lo que se refiere al Arca Seminarii y al Fondo de becas para los estudiantes de nuestros Colegios. Otros temen una indoctrinación marxista sistemática, impuesta y controlada por el Estado, en todos los establecimientos educacionales.

Ante estas incertidumbres y esperanzas, se me ocurren estas sencillas reflexiones:

1) Para nosotros debe ser un motivo de profunda alegría el hecho de que el grupo que ha obtenido la mayoría en las urnas prometa trabajar por el pueblo y por los pobres.

2) Seguramente, las nuevas estructuras económicas nos obligarán a una mayor austeridad y pobreza, lo cual debe ser también para nosotros motivo cristiano de alegría. Si antes, tal vez por pereza, no fuimos capaces de llegar a esa austeridad y autenticidad evangélica, debemos alegrarnos de que ahora el Señor, por medio de las circunstancias, nos apremie a ello.

3) Nuestra actitud sincera debe ser de colaboración leal en todo lo que redunde en bien de los pobres y en la creación de una sociedad más justa. De ningún modo debemos aparecer como aliados con los que se opongan a estas transformaciones, muchas veces en defensa de sus intereses personales. Todo aumento de solidaridad humana es un avance cristiano o hacia Cristo, así como todo egoísmo individualista es un retroceso hacia estructuras primitivas.

4) Por otra parte, no debemos caer en la ingenuidad adolescente de intentar subirnos al carro de la victoria, llegando a un compromiso con el nuevo poder que limitará nuestra libertad de crítica. Es esencial que podamos sentirnos libres para estar en la "oposición" cuando el poder se haga injusto o clasista; es esencial que siempre podamos criticar a los que no cumplen sus promesas de trabajar por los más pobres, y defraudan así las esperanzas del pueblo. No es sólo en las dictaduras de derecha donde se necesita esa actitud de crítica cristiana.

5) En ese sentido, nuestra actitud frente a un posible indoctrinamiento materialista, impuesto por el Estado, deberá ser de firme resistencia. Nos corresponde, a costa de cualquier peligro, defender los valores fundamentales del hombre y sus derechos. Hasta ahora, el grupo vencedor afirma que se respetarán esos valores y esos derechos.

6) Como temas muy concretos, quiero recordar lo siguiente, respecto a los Colegios y a la militancia política:

—Colegios: no pensamos defender ningún privilegio nuestro, ni

mucho menos oponernos a reformas que nosotros mismos deseábamos. Defenderemos la libertad de enseñanza, como derecho de los padres y procuraremos que todos nuestros Colegios sean gratuitos, en la línea ya señalada antes por los documentos de la Compañía y que todavía no habíamos realizado plenamente.

—Militancia política: nuestra responsabilidad, como Ministros Consagrados de la Palabra, es hacia todos los hombres y todos los grupos. Ni colaboración con los Romanos, ni cabecillas del pueblo contra Pilatos. Servicio a todos, especialmente a los más pobres. Abanderarse políticamente en un partido, en vez de manifestar nuestra libertad de ciudadanos, limitaría nuestra libertad de sacerdotes. Comprometernos con todos, no abanderarnos con nadie. Servir. Aunque al final, terminemos crucificados. Ese es el sentido profundo de nuestra vida de Ministros de Dios.

7) Cuando hablemos con nuestros familiares y amigos, debemos devolverles la paz, exhortarlos a la generosidad. Algunos hablan de que han perdido el "fruto de toda su vida": recordé-

mosles que el fruto de su esfuerzo no debería ser la casa, el auto, las acciones, sino la amistad, el amor familiar, la fe, la solidaridad humana. Eso no se perdió, sino que se profundizará ahora si trabajan con generosidad y esperanza. Debemos animarlos a que continúen en el país, para ayudar a construir un nuevo Chile, más justo y más popular, dentro de una inspiración cristiana verdadera.

8) Por último, quiero pedir a todos los miembros de la Provincia un esfuerzo generoso por mantener la unión entre nosotros y que ni la tristeza de unos, ni la euforia de otros, puedan separarnos, ya que estamos unidos por la Eucaristía y por la común vocación de servicio a la Iglesia en la Compañía.

Mantengamos nuestra paz. No sabemos lo que nos traerá el futuro. Algunos signos están llenos de esperanzas: quedan interrogantes y dudas: pero nuestra confianza no está en los hombres ni en sus programas, sino en Dios que dirige la historia.

Con todo efecto en el Señor.

Manuel Segura

Santiago, 12 de setiembre de 1970,